



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN®

**Una publicación de la
Universidad Autónoma de Nuevo León**

Dr. Jesús Ancer Rodríguez
Rector

Ing. Rogelio G. Garza Rivera
Secretario General

Dr. Ubaldo Ortiz Méndez
Secretario Académico

Lic. Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Dr. Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Lic. Lizbet García Rodríguez
Editor Responsable

José Juan Zapata Pacheco (reportero)
Luis Salazar Pérez (reportero)
Rodrigo Guajardo Hernández (corrección y estilo)
Pablo Cuéllar Zárate (fotografía)
Redacción

Alejandro Derbez
Diseño

Hernando Garza
Armando Alanís
Graciela Salazar
Rocío Cárdenas
Mónica Hernández-Roa
David Josué Zambrano
Colaboradores

Flama, Año 8, Nº 113, 15 al 31 de mayo de 2011. Fecha de publicación: 15 de mayo de 2011. Suplemento cultural quincenal editado y publicado por la Universidad Autónoma de Nuevo León a través de la Secretaría de Extensión y Cultura. Domicilio de la publicación: Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías, Alfonso Reyes 4000 norte, planta principal, San Nicolás de los Garza, Nuevo León, México, C.P. 64440. Teléfono: + 52 81 83294120. Fax: + 52 81 83294095. Impresa por: Grupo Editorial Milenio S. A de C. V., Av. Eugenio Garza Sada No. 2245-B Colonia Roma, Monterrey, Nuevo León, México. Fecha de terminación de impresión: 15 de mayo de 2011. Tiraje: 10,000 ejemplares. Distribuido por: Universidad Autónoma de Nuevo León, a través de la Dirección de Servicios Generales, Ciudad Universitaria, San Nicolás de los Garza, Nuevo León.

Número de reserva de derechos al uso exclusivo del título Flama otorgada por el Instituto Nacional del Derecho de Autor: 04-2009-061214274000-107, de fecha 12 de junio de 2009. Número de certificado de licitud de título y contenido: 14,956, de fecha 9 de septiembre de 2010, concedido ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. ISSN en trámite. Registro de marca ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial: 1,169,989.

Las opiniones y contenidos expresados en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores.

Prohibida su reproducción total o parcial, en cualquier forma o medio, del contenido editorial de este número.

**Impreso en México
Todos los derechos reservados
© Copyright 2011**

vidauni@seyc.uanl.mx

Gonzalo Rojas: el último alerce



La muerte de Gonzalo Rojas (1917-2011) cierra un ciclo en la poesía moderna de habla española: el de la literaturización de la vida cotidiana (poesía que hacía de la poesía tema, y del creador, protagonista). Visto así, la pérdida es considerable; la lamentación, sin embargo, debe ceder terreno a la celebración de sus conquistas poéticas.

■ VÍCTOR BARRERA ENDERLE

El legado de Rojas confirma la madurez y modernidad de un idioma que había visto sus más grandes manifestaciones literarias en el siglo XVII para caer luego en una larga monotonía protegida por gramáticos y puristas del lenguaje. La poesía en lengua española era, hasta la segunda mitad del siglo XIX, una expresión parca y encartonada (salvo algunas excepciones, como la poesía gauchesca), que yacía a la espera de la alguna revuelta radical. Y la revolución se gestó en la pluma de un hablante lejano, hijo de un pueblo “sin prosapia literaria”: Rubén Darío. Con la publicación de *Azul...* en 1888 todo cambia. Los poetas siguen escribiendo en español, pero éste de pronto parece otro idioma. La flexibilidad formal da paso a la exploración existencial. En menos de 40 años vemos erigirse imponentes montañas verbales: *Prosas profanas*, *Lascas*, *Lunario sentimental*, *La sangre devota*, *Los heraldos negros*, *Zozobra*, *Trilce*, *20 poemas de amor y una canción desesperada*, *Residencia en la tierra*. Lo que antes parecía un eriazó de pronto se convirtió en un campo florido. La tradición era el mismo presente.

Gonzalo Rojas comienza su obra cuando la poesía hispanoamericana era ya un fruto maduro y múltiple. La estridencia de las vanguardias se había dispersado, pero permanecían algunas de sus exploraciones y resonancias. El surrealismo representó, para los jóvenes poetas de América Latina, un movimiento que no precisaba de ancestros ilustres ni de maestros autoritarios: cada cual podía lanzarse al ruedo y hacer de su ser la fuente de la creación. La trascendencia se encontraba en las propias limitaciones humanas. Esta revelación alimenta las páginas de *La miseria del hombre* (1948), el primer libro de Rojas y se proyecta —reescribiéndose— en los siguientes: *Contra la muerte* (1964), *Del relámpago* (1984), *Río turbio* (1996), separándolo de esa ortodoxia creativa que conllevan los “ismos” (en su caso: superando la experiencia formativa de La Mandrágora, el grupo surrealista chileno conformado por Braulio Arenas, Teófilo Cid y Enrique Gómez Correa).

La unidad, o mejor dicho, la aspiración a la unidad es la fuerza que impulsa el registro poético de Rojas; el esfuerzo, sin embargo, no conduce a la reducción sino a la variación. Un poema de *La miseria del hombre* es ya otro en *Contra la muerte* (pienso en la extraordinaria mutación de “Los cobardes” a “Los letrados”). Así, Gonzalo Rojas se convierte en el mejor lector de Gonzalo Rojas, y su poesía se transforma en conocimiento de lo poético, en exploración del erotismo y en una profunda reflexión sobre nuestra condición mortal y efímera.

La renovación de la poesía hispanoamericana, que se dio a la par del boom narrativo en los 60, tuvo en Rojas a un personaje central: el lazo entre las voces mayores y la disidencia juvenil, el punto de encuentro entre la poesía refinada y la de protesta. La experimentación posterior dispersó a las nuevas voces en infinidad de artilugios y simulacros: unos magistralmente logrados, otros, simples escenificaciones de protagonismo. Pero la composición, la larga composición de Rojas permaneció y nos dio obras de la talla de “Almohada de Quevedo” o “Carta a Huidobro”. Rojas siguió siendo un poeta presente, contemporáneo. Recuerdo haberlo visto leer sus poemas, emocionado, como si fuera la primera vez, en la Casa Central de Universidad de Chile, junto a José Emilio Pacheco al despuntar el año 2000. Recitaba “¿Qué se ama cuando se ama?”, como si acabara de escribirlo: y de hecho sonaba nuevo, fresco, como si esa duda existencial y amorosa estuviera más que presente en pleno siglo XXI.

Era el poeta que deseaba hacer literario lo personal e íntimo (y no volver público lo privado, como suelen hacerlo muchos poetas ahora). En uno de sus últimos poemas, “Pacto con Teillier”, Rojas despidió al gran poeta lárco así: “dipso y mágico hasta el fin entre los últimos / alerces que nos van quedando, -jyo / también soy alerce y sé lo que digo!...”. Los manuales de botánica definen al alerce como el ciprés patagónico, el árbol guardián de las veredas y los esteros, tal como los grandes poetas que van a la vera del mundo, cuidando y cantando el paso de los hombres y mujeres por la tierra. La poesía de Gonzalo Rojas es uno de los pocos alerces que quedan ya en el desolado panorama de la literatura actual.

